

Tiempo de utopías

La utopía y el cine

Fernando Gracia

Una grata muestra de la presencia de la utopía en el cine.



Película/Proyector/Proyector de cine (Gerald Altman)

Thomas More, nombrado en nuestra lengua Tomás Moro, legó a la posteridad la palabra utopía al llamar así a su obra sobre una sociedad ideal que situaba en un país imaginario llamado de esa forma. No sé si son muchos los que la han leído, confieso que yo nunca lo hice, pero sí que supe del personaje a raíz del estreno en la década de los setenta de una película sobre su vida, *Un hombre para la eternidad*.

Pero en aquella película no se incidía en exceso sobre esa obra literaria, sino en el enfrentamiento religioso e ideológico nada menos que con su rey, Enrique VIII, lo que le llevaría al patíbulo y a ser considerado por los católicos –los papistas– como un mártir, hasta el extremo de ser beatificado junto a unos cuantos más que no reblaron ante el monarca, y

finalmente canonizado junto a John Fischer, ya entrado el siglo XX.

La película ganó nada menos que seis óscar y llevó la firma de Fred Zinnemann, el de *Solo ante el peligro*. Ahora que lo pienso, este título que se le adjudicó en España a la famosa película con Gary Cooper también le habría sentado bien a la historia del enfrentamiento entre pensador y rey, ya que a la postre así se quedó el bueno de Moro, bien solo.

La palabra “utopía” hace tiempo que se utiliza en el léxico habitual de la ciudadanía. Quien más quien menos tiene una idea bastante aproximada de lo que significa, y en la vida cotidiana con frecuencia nos referimos a pensamientos e ideas tenidos por utópicos, que nos gustaría que se cumplieran pero que sabemos que es hartó difícil que esto ocurra.

Bien pensado, puede venir a significar que nos gusta mentirnos a nosotros mismos en aras de poder sobrevivir a realidades más prosaicas, más tristes o más dolorosas. E igual que nosotros podemos tener esas ideas o esos deseos... utópicos, también el cine ha acostumbrado a moverse en esos terrenos desde sus comienzos.

No recuerdo que nadie haya denominado como “cine utópico” o “cine de la utopía” a ningún género o subgénero, pero películas que hayan tratado del asunto ha habido unas cuantas, y según queramos abrir más o menos la mano incluso muchísimas. Porque, ¿no es acaso la ciencia ficción otra cosa que cine sobre utopías? Claro que mucho de este cine se limita a monstruitos y otros recursos infantiles, pero cuan-

do se adentra en elucubrar sobre un futuro más o menos cercano, ¿no es utópico lo que propone, sobre todo cuando es positivo?

También puede hablar de lo contrario, ser antiutópico, presentar futuros inquietantes, véase un ejemplo tan claro como *Blade runner*, asunto del que tan bien hablaba Roberto Sánchez en el número anterior de *Crisis*, titulado su artículo como la obra de la que se extraía el guion del filme de Ridley Scott.

Ya en los albores del cine encontramos películas a considerar en el tema que nos ocupa. Así a vuelapluma, la gran obra de Fritz Lang, *Metrópolis*, y ya en el sonoro una que yo consideraría casi como el paradigma de la utopía en la pantalla, *Horizontes perdidos*. La mente me traslada ahora mismo, mientras redacto estas líneas, a una tarde de hace sesenta años en la que un señor mayor, viendo mi incipiente afición al cine, me habló de viejas películas que él consideraba fundamentales y de las que yo no había oído ni mencionar.

Téngase en cuenta que en aquellos tiempos un muchachito como yo difícilmente podía haber acudido a publicaciones especializadas, evidentemente no había televisión, ni siquiera sabía que existían cineclubes, y desde luego en el colegio el cine ni se nombraba. O sea que mis oídos estaban absolutamente vírgenes respecto a lo que había ocurrido en las décadas anteriores. Por tanto, cuando una de las películas que me nombró aquel señor, casi contándomela, no era sino la famosa obra de Frank Capra, para mí fue un descubrimiento, una historia que me sonó como muy bonita y que quedó aparcada en un huequecito de mi joven cabeza-esponja de aquellos años.

Imagínense mi ilusión cuando décadas después descubro en un pase en la TV2 que aquella película era de verdad, que esa historia de Shangri-La seguía funcionando, y que aunque pudiera parecer algo blandita en algún momento, era tan hermoso ese mundo utópico —insisto en el adjetivo,

ya que no se me ocurre otro más apropiado— que quedaba para la eternidad en mi memoria de aficionado.

No pretenden estas humildes líneas ser un memorándum, una acumulación de títulos que pudieran ajustarse al asunto del artículo y por ende de este número de la revista, sino una elucubración, unas modestas disquisiciones ante el reto propuesto por la dirección, y así van viniendo a la memoria títulos que pueden encajar.

“ No recuerdo que nadie haya denominado como “cine utópico” o “cine de la utopía” a ningún género o subgénero. ”

Soy un buen aficionado al musical, sobre todo al anglosajón, género en el que podríamos encontrar infinidad de títulos que presentan un mundo ideal, idílico, tanto que bien podemos adjudicarle el término tantas veces ya usado en estas líneas. Pero por sintetizar voy a referirme solo a uno, *Brigadoon*, perfecto ejemplo de un mundo hermoso, donde reina la belleza y la armonía, un mundo que solo tiene un “problema”: reaparece una vez cada cien años. Este musical, adornado por una de las mejores parejas de danzarines de la historia, Gene Kelly y Cyd Charisse, nos puede servir como ejemplo.

La posibilidad de llevar a cabo en la vida real unas formas de vida en común tenidas por la mayoría como utópicas, también ha sido tratada alguna vez por el cine. Me viene a la memoria un filme del que no he vuelto a tener ni noticia, que se estrenó en nuestra ciudad bajo la curiosa fórmula del “arte y ensayo”, en el desaparecido cine Rialto, poco antes de que descubriera que era más rentable estrenar cine subido de tono, con abundancia de X en la publicidad en los años anteriores a que llegara el video o internet y acabara con todo.

Me estoy refiriendo a *La Cecilia*, película del francés Jean Louis Comolli, que narraba la peripecia auténtica de unos anarquistas italianos que llevaron sus ideas a la práctica, fundando una colonia en Brasil en los últimos años del siglo XIX.

La película venía a contar la dificultad, si no la imposibilidad, de llevar a buen puerto esas ideas tenidas por la mayoría como utópicas. Si alguien tiene la oportunidad de hacerse con una copia les recomiendo la vean, ya que se trata de una auténtica curiosidad aunque cinematográficamente no fuera gran cosa.

No son muchos los títulos que llevan nuestra palabra, pero alguno hay, como por ejemplo *Palabra y utopía*, del prolífico Manoel de Oliveira, que falleció el año pasado con 106 años. Su obra se ha visto muy poco en nuestras pantallas comerciales, pero sí recuerdo haber accedido a esta que cito por un pase en la televisión. Un asunto relacionado con un juicio del Santo Oficio contra un jesuita del siglo XVII, creo recordar. Pienso, ya que no tengo fresco el recuerdo, que el acusado sería seguidor del nombrado Tomás Moro, y de ahí el título.

No quisiera terminar estas líneas que, repito, en absoluto pretenden ser exhaustivas, sin referirme a una de las más bellas películas que asocio con la utopía, *Un lugar en el mundo*, firmado por Adolfo Aristarain, con un gran Federico Luppi y un entusiasmado Pepe Sacristán, que con ese filme penetró y de qué manera en el corazón de los argentinos. Una historia hermosa, un personaje maravilloso en un mundo que desafortunadamente no es como él propone, ya que eso en el fondo no es sino “una utopía”.

El cine nos propone constantemente otros mundos, nos hace soñar con frecuencia. Hay quien dice que algunas películas, como algunos libros, como cualquier forma de arte, a fin de cuentas, nos puede hacer mejores. ¿Acaso no es eso una utopía? Quizás, pero yo me quiero agarrar a ella.